
DESBROZANDO MITOS: AMÉRICA LATINA Y CHILE ANTE LA GUERRA DEL ATLÁNTICO SUR[∞]

RAÚL SANHUEZA CARVAJAL*

RESUMEN

La acción chilena ante la guerra del Atlántico Sur (1982) es un tema discutido en la historia de las relaciones internacionales latinoamericanas. Presentada por la historiografía argentina, a partir de un enfoque parcial y tendencioso, como una 'traición' a la 'amistad' chileno-argentina y a la unidad regional en torno a la cuestión de Malvinas, la actitud de Chile en 1982 es un elemento subyacente en las visiones recíprocas de ambos países.

La principal dificultad de esta perspectiva es que se funda en dos mitos que deben ser aclarados: el apoyo continental a la acción militar argentina y la excepcionalidad de la conducta chilena. Posteriormente, esclareceré el alcance de la acción chilena y las causas que la determinaron.

Palabras clave: Malvinas, Atlántico Sur, Guerra de 1982, Argentina, Reino Unido, Chile, América del Sur.

CLEARING MYTHS: LATIN AMERICA AND CHILE DURING THE SOUTH ATLANTIC WAR

ABSTRACT

The Chilean actions during the South Atlantic War (1982) are a topic discussed in history of Latin American international relations. It is also presented from a partial and biased approach by Argentinian historiography, as a 'betrayal' to Chilean-Argentinian 'friendship' and to the regional accord around the Malvinas issue. The attitude of Chile in 1982 is an underlying issue in the visions in both countries.

* Abogado y diplomático. Doctor en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid, Magister en Ciencia Política por la Universidad de París III, Diplomado por el Instituto Internacional de Administración Pública (Francia), la Academia Diplomática Andrés Bello (Chile) y la Escuela Diplomática (España), Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales por la Universidad de Concepción. Investigador Asociado Instituto Democracia y Mercado. Chile. sanhueza_raul@hotmail.com

[∞] Fecha de recepción: 020113
Fecha de aceptación: 121113

This approach is based on two myths that need to be clarified: the Latin American support to Argentinian military action, and the exceptionality of Chilean's behavior. Subsequently, the scope of the Chilean's actions and the causes that determined them, will be clarify in this article.

Key words: *Falklands, South Atlantic War of 1982, Argentina, United Kingdom, Argentina, Chile, South America.*

Introducción

La reciente aparición de “Malvinas: La guerra de los neutrales” de Matías Joaquín Morales reviste una importancia que va más allá de su contenido. El autor es hijo del conocido periodista Víctor Hugo Morales, un referente de opinión cercanos al gobierno argentino, por lo que sus tesis pueden considerarse parte de la visión internacional de la actual conducción política trasandina.

Además, a 30 años del conflicto del Atlántico Sur, el libro tiene el mérito de actualizar las perspectivas académicas respecto de las acciones adoptadas por actores americanos, europeos y organismos internacionales ante el conflicto de abril-junio de 1982, presentándose como un ensayo sistemático sobre la cuestión del impacto que la guerra del Atlántico Sur tuvo sobre distintos integrantes de la comunidad internacional global y regional.

Matías Joaquín Morales señala que en 1982, hubo países que sin romper la neutralidad apoyaron directa o indirectamente a uno de los beligerantes. Sin embargo, Chile y Estados Unidos habrían ido más allá, al permitir a las tropas británicas utilizar su territorio como base operacional. “Chile y Estados Unidos, participaron activamente del conflicto violando el derecho internacional..., Perú y Francia se dejaron llevar por la parcialidad declarada para proporcionar armamento e inteligencia nacional a las partes beligerantes”¹. En este sentido. Morales confirma la doctrina argentina que presenta la actitud chilena en 1982 como una traición a la amistad chileno-argentina y a la unidad regional en torno a la “cuestión Malvinas”.

Morales sigue la línea clásica argentina que reposa sobre dos mitos: los países latinoamericanos apoyaron el esfuerzo bélico argentino y la conducta chilena fue una anomalía en la historia política regional.

¿Fue esta visión real?, ¿apoyaron los latinoamericanos de manera unánime y sin fisuras a Argentina?, ¿constituyó la conducta chilena una excepción

¹ MORALES Matías, Joaquín. Malvinas. La guerra de los neutrales. Buenos Aires, Ediciones Continente, 2012, p. 74.

a una política uniforme y permanentemente afirmada regionalmente? Más aún: ¿qué razones explican la política chilena?, ¿cuál fue su contenido?

Este artículo responde a estas dos series de preguntas, abordando los mitos sobre la participación latinoamericana, y describiendo y valorando la acción chilena entre abril y junio de 1982.

Los mitos. El apoyo regional a la invasión argentina y la excepcionalidad de la política chilena

El apoyo latinoamericano a Argentina

Los autores argentinos suelen destacar el apoyo que habría recibido Argentina del conjunto de los países latinoamericanos, considerándolo un momento crucial en la historia sudamericana. Para ello, esbozan un doble argumento: durante los siglos XIX y XX, Argentina se había considerado a sí misma ajena a América Latina; sin embargo, la solidaridad sin reservas de gobiernos y pueblos latinoamericanos para con el esfuerzo militar argentino, propició que el país se reencontrara con su identidad regional. Escribiendo en el aniversario de la guerra, Abel Posse señaló: *“En el plano latinoamericano, nuestra guerra cobró una dimensión fundacional, en el sentido de asentar una conciencia de cultura y de sentimiento solidario que nos parecía ya parte del sueño bolivariano. Fuimos los primeros en negar y desaprovechar esa solidaridad continental”*².

Este mito parece verdadero, particularmente al considerar las resoluciones adoptadas en el seno de los organismos latinoamericanos e interamericanos. En la Organización de Estados Americanos (OEA), la reunión del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI) y el Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA), entre otros organismos regionales, los diplomáticos latinoamericanos derrocharon energía verbal para afirmar su apoyo a Argentina. Asimismo, al no calificar explícitamente de ‘agresión’ la acción del 2 de abril, la región habría respaldado la ocupación de Malvinas.

La verdad es aparente. Los textos aprobados, especialmente en el TIAR, fueron meramente retóricos, eliminando toda mención a medidas concretas de apoyo a Argentina y omitiendo particularmente referirse al artículo 8° del Tratado de Río de Janeiro, que regula las acciones colectivas obligatorias. Con ello, la actitud latinoamericana se diferenció de la solidaridad europea que impuso san-

² Posse, Abel. El conflicto de Las Malvinas y la caída de nuestra moral. La Nación del 3 de abril de 2007. http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=896746

ciones efectivas (económicas y políticas) a Argentina. Y aun este apoyo retórico no fue unánime, registrándose la abstención de Chile y Colombia.

La actitud colombiana permite una primera aproximación a los matices del ‘apoyo’ latinoamericano; la diplomacia colombiana distinguía claramente entre el apoyo a la demanda argentina por negociaciones para resolver el diferendo anglo-argentino de soberanía, y la defensa de la aventura iniciada por la Junta Militar.

Esta actitud era compartida por los países latinoamericanos quienes, sin perjuicio de apoyar la solicitud argentina para que el Reino Unido negociara pacíficamente el destino de las islas, miraban con recelo la aventura bélica iniciada el 2 de abril de 1982, la cual comprometía la estabilidad jurídica latinoamericana, y planteaba el riesgo de reavivar las tentaciones para resolver por la fuerza las divergencias territoriales de la región. Ello, explica la división del grupo latinoamericano en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, cuando el apoyo panameño a Argentina, se enfrentó a la posición pro británica de Guyana. Mientras el primer país se identificaba con la demanda argentina a partir de su propia reivindicación sobre el canal de Panamá, Guyana se preocupaba por las reivindicaciones venezolanas sobre su territorio (Esequibo).

La aventura militar argentina incidía también en los equilibrios internos latinoamericanos, especialmente en países gobernados por autoridades civiles. Lawrence Eagleburger, entonces a cargo de América Latina en el Departamento de Estado recuerda cuando, luego de proclamar públicamente su solidaridad con Argentina, a solas, el jefe de una delegación latinoamericana le advirtió que un eventual éxito de la Junta Militar podía generar inconvenientes en sus propias fuerzas armadas.

El conjunto de estos factores explican que, bajo la aparente unanimidad, haya habido divergencias entre los países latinoamericanos. Panamá, Venezuela y Cuba apoyaron decididamente a Argentina, al igual que Bolivia y Perú (aunque contra lo afirmado popularmente, no hay constancia que el gobierno de Lima haya entregado misiles a Buenos Aires)

Pese a que respaldó a Argentina, Uruguay autorizó el paso de aviones y naves británicas desarmadas y Ecuador adoptó una política de bajo perfil, explicable por sus divergencias con Perú. Paraguay también mantuvo un bajo perfil, aunque se recuerdan las palabras del presidente Stroessner quien, luego de escuchar al embajador argentino le advirtió “*entre nosotros, salgan de ahí. Salgan, los ingleses los van a sacar a los verijazos*”³. Igualmente, hay constancia que, en

³ YOFRE Juan. Fuimos todos. Cronología de un fracaso, 1976-1983, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 7ª edición, p. 316.

discusiones privadas con autoridades británicas, diplomáticos mexicanos reconocieron que el Reino Unido había sido víctima de una agresión.

La posición de Brasil también estuvo determinada por las consideraciones antes señaladas a las que se agregaba la necesidad de preservar el cambio estratégico en su relación con Argentina⁴.

Por ello, la agresión argentina a Malvinas fue debatida; los periódicos brasileños editorializaron contra el desembarco del 2 de abril y numerosos intelectuales criticaron las tentaciones latinoamericanistas de su Cancillería. Al mismo tiempo, advirtieron que un triunfo argentino podría alterar el equilibrio regional, percibiendo a su vecino como un eventual peligro. No obstante, esta percepción era mediatizada por la conciencia de la creciente diferencia de potencial entre ambos países, y por las escasas posibilidades que se asignaba a una victoria argentina.

Ello, dio a la diplomacia brasileña un margen de maniobra. Si bien Brasil no endosó la aventura militar, actuó para reiterar la solidaridad histórica a la reivindicación de soberanía y para preservar los intereses argentinos en las deliberaciones internacionales. 1982 representó el primer ensayo de lo que se ha conceptualizado como la “paciencia estratégica” de Brasil frente a las constantes variaciones de la política exterior argentina⁵.

Pese a la presión de la prensa, la diplomacia brasileña consiguió ‘no hacer nada’, preservando el acercamiento con Buenos Aires⁶. De allí, una acción compleja; según autores británicos, la delegación brasileña en Naciones Unidas consideró equilibrado el texto de la Resolución 502 del Consejo de Seguridad y, aunque posteriormente Brasil detuvo un avión *Vulcan* de la RAF, se negó a aplicar el estatuto de neutralidad y abrió una de sus bases a un submarino⁷.

En resumen, el apoyo latinoamericano a Argentina fue verbal, restringido en su alcance.

Por ello, cabe preguntarse sobre la pervivencia del mito del apoyo continental a la guerra. La mayoría de los autores concuerdan que este ha favorecido la autoindulgencia argentina; de la misma manera que Argentina no se considera

⁴ Aunque se suele destacar el año 1985 como el momento del cambio en las relaciones argentino-brasileñas, el proceso se inició a fines de la década de 1970, con la firma del Acuerdo de Cooperación Técnico-Operativa de Itaipú y Corpus (19 de octubre de 1979), que resolvió en forma cooperativa la utilización del potencial hidroeléctrico del río Paraná, entre Argentina, Brasil y Paraguay y con las posteriores visitas del Presidente de Brasil, a Argentina y de Argentina a Brasil (mayo y agosto de 1980). Cf. JAURAGUIBE Helio. Brasil-Argentina; Breve análisis de las relaciones de conflicto y cooperación, en <http://www.cuadernosjudaicocsl/index.php/REI/article/viewFile/16058/22019>

⁵ ABDENUR, Roberto. Guerreiro nas relações Brasil-Argentina. Journal do Brasil, de 21 diciembre de 2005, en <http://quest1.jb.com.br/jb/papel/opiniaio/2005/12/20/joropi20051220001.html>

⁶ PALERMO, Vicente. Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2007, p. 271.

⁷ RAZONOUX, Pierre. La guerra de las Malvinas. Istor año II, número 8, primavera del 2002, en http://www.istor.cide.edu/archivos/num_8/dossier1.pdf

responsable de la agresión a Malvinas (siendo una especie de víctima colectiva de la aventura militar que apoyó y cuya gesta recuerda), el mito del apoyo regional asigna a los países latinoamericanos una suerte de complicidad que en verdad no existió.

La excepcionalidad de la conducta chilena

El mito del apoyo regional constituye el contexto que destaca la presunta excepcionalidad de la acción chilena contraria a la solidaridad latinoamericana.

Una mirada superficial a la historia latinoamericana parecería avalar este lugar común; conforme al mito en 200 años, los países latinoamericanos habrían rechazado permanentemente las agresiones, particularmente las extracontinentales, lo que explicaría la benignidad del sistema regional. La acción chilena ante el ataque español a Perú en 1864, avala esta afirmación⁸.

Sin embargo, un análisis detenido muestra la inconsistencia del argumento. Al igual que en cualquier otro escenario internacional regional, en diferentes ocasiones, los estados latinoamericanos se han coaligado con propósitos ofensivos. Argentina se unió a Brasil y Uruguay contra Paraguay, y Perú junto a Bolivia atacaron a Chile. Ello, evidencia la existencia del “impulso coalicional” como elemento de política exterior latinoamericano.

En el caso de Argentina, el “impulso coalicional” ha estado siempre presente; la historiografía argentina, particularmente la escuela revisionista, ha destacado la acción del Reino Unido en la independencia uruguaya y en la guerra de la Triple Alianza⁹.

Este impulso ha involucrado potencias extracontinentales. Durante el incidente del *USS Baltimore*, entre Chile y los Estados Unidos, el Canciller argentino, Estanislao Zeballos, ofreció ayuda al gobierno estadounidense, comprometiéndose a abastecer de carbón a las naves que atacaran Chile, proporcionar víveres a las fuerzas que ocuparan Antofagasta y facilitar su libre tránsito por territorio argentino. Igualmente, proporcionó información sobre las fuerzas militares chilenas a Estados Unidos, y su Cancillería aprovechó la crisis para presentar las primeras reclamaciones sobre la interpretación del Tratado de 1881.

El impulso coalicional también ha sido un recurso de la política exterior argentina en sus relaciones intrarregionales. En el caso de la vinculación Boli-

⁸ En 1864, a raíz de un confuso incidente entre españoles y peruanos, una flota española ocupó las islas Chinchas bajo soberanía peruana. Chile intervino en el conflicto, primero, negando el abastecimiento a los buques españoles y luego declarando la guerra a España, el 25 de septiembre de 1865, lo que sería luego seguido por el propio Perú (12 de enero de 1866), Ecuador y Bolivia.

⁹ SANGUINETTI, Julio María. “Nuestra guerra de secesión”. La Nación de 5 de junio de 2013, en <http://www.lanacion.com.ar/1588653-nuestra-guerra-de-secesion>

via - Argentina - Chile, este impulso se ha relacionado, además con la identidad argentina. Uno de los mitos fundacionales de Argentina; la 'patria desgarrada' a partir de la balcanización del Virreinato de La Plata, concierne a la actual Bolivia y, sobre esta base, Argentina ha favorecido y se ha beneficiado del espíritu coalicional, explotando los resentimientos bolivianos hacia Chile y presionando al gobierno de Santiago. Por su parte, la diplomacia boliviana ha percibido en Argentina el contrapeso a Chile.

Esta constante se intensificó desde mediados de los 70 del siglo XX. En octubre de 1976, el presidente argentino Rafael Videla visitó Bolivia, suscribiendo una declaración conjunta donde se destacó el respaldo argentino al reclamo boliviano de salida al mar, y el apoyo boliviano a la reivindicación argentina en Malvinas. Igualmente, la diplomacia argentina respaldó la reivindicación boliviana y en la Novena Reunión de la Asamblea General de la OEA, en octubre de 1979, apoyó la moción venezolana, de respaldo a la demanda boliviana.

En definitiva, la estrategia coalicional ha sido una práctica común en la historia latinoamericana; en diferentes ocasiones, los países de la región han recurrido a entendimientos con potencias regionales y extrarregionales y Argentina también ha utilizado esta estrategia contra Chile.

Por ende, no hubo excepcionalidad en la conducta chilena en 1982, que analizaremos a continuación.

La política chilena durante la guerra del Atlántico Sur. Factores y contenido

Existe consenso que durante la guerra de 1982, Chile mantuvo una posición distante de Argentina; sin embargo, las acciones realizadas no han sido aclaradas, lo que ha generado diversos mitos incluyendo testimonios sobre militares chilenos actuando como fuerzas auxiliares del ejército británico.

No resulta fácil obtener un panorama global de la política chilena durante ese período; mientras la historiografía argentina ha puesto el acento en la existencia de un pacto que condujo a apoyos chilenos al esfuerzo militar británico, los autores chilenos se han concentrado en visiones parciales. Por último, las administraciones directamente concernidas –Ministerio de Relaciones Exteriores y de Defensa– han guardado reserva.

Los factores de la decisión chilena

La guerra del Atlántico Sur guarda estrecha relación con el conflicto del Beagle al punto que, desde la perspectiva argentina, la crisis de 1978 fue un

ensayo general del conflicto de 1982. En ambos casos, Argentina agotó la estrategia de la amenaza verosímil, con un similar patrón de conducta (agredir y después negociar), y la acción del gobierno contó con el apoyo de la sociedad civil. Por ello, analizar separadamente ambos casos conduce a una presentación parcial y desordenada, que desconoce la hiperactividad fronteriza del régimen militar argentino.

En este sentido, los principales factores de la acción exterior chilena se encuentran en la crisis de 1978, las dificultades de la “mediación chica”, y las amenazas a Chile durante del conflicto del Atlántico Sur.

1. 1978. La declaración argentina de nulidad del Laudo Arbitral y la Operación Soberanía

El 2 de mayo de 1977, el gobierno británico notificó a Chile y Argentina la decisión de la Corte de Arbitraje en el caso sobre el Canal Beagle, que declaraba que el curso del canal era poniente-oriente y asignaba las islas Lennox, Picton y Nueva y los roqueríos e islotes inmediatamente dependientes a Chile. El Laudo otorgaba un plazo de nueve meses para su cumplimiento. El mismo 2 de mayo, Chile declaró que cumpliría el fallo y agradeció la gestión arbitral.

Por su parte, el gobierno argentino implementó la estrategia de *la amenaza verosímil* que comprendía acciones diplomáticas y de fuerza:

En la vertiente diplomática, el 5 de mayo el Contralmirante Julio A. Torti, enviado por la Junta Militar a Chile, propuso el inicio de negociaciones para un acuerdo de delimitación razonable y equitativa de las jurisdicciones marítimas en el Atlántico Sudoccidental. Esta propuesta fue complementada por la propuesta de un compromiso de no innovar referido a la zona decidida en el Laudo y áreas al sur y al este del cabo de Hornos.

Chile aceptó negociar la delimitación marítima a partir del término de la frontera fijada por la Corte Arbitral y rechazó el compromiso de no innovar. Ello, motivó nuevas negociaciones y un encuentro presidencial que fracasó por la exigencia argentina de que Chile retirara sus tropas de las islas o accediera a que Argentina instalara las suyas.

La segunda vertiente fue la amenaza militar con la multiplicación de ingresos a territorio chileno de naves y aeronaves militares argentinas. Estas agresiones motivaban protestas chilenas, rechazadas con el argumento que las fuerzas argentinas operaban en su territorio.

Entre junio y diciembre de 1977, se registraron no menos de 11 incursiones aéreas y 11 marítimas en territorio chileno (dentro y fuera del área sometida a arbitraje). Igualmente, Argentina instaló faros sobre islas chilenas e incorporó esa información en sus avisos a navegantes, lo que fue protestado por Chile.

El 25 de enero de 1978, el gobierno argentino declaró insanablemente nulo el Laudo Arbitral, lo que se acompañó de nuevos esfuerzos insertos en la estrategia de la amenaza verosímil, particularmente la negociación y el amedrentamiento.

La negociación tuvo su primer escenario en el encuentro presidencial de Puerto Montt que permitió constatar las importantes diferencias entre ambos países, acordándose un mecanismo de negociación directa sobre la base de Comisiones Mixtas que propondrían a los gobiernos las soluciones. Las negociaciones no avanzaron debido a la incompatibilidad de planteamientos.

La amenaza militar se concretó a través del Operativo Soberanía, cuyo inicio se estimó el 21 de diciembre de 1978, con una incursión de la infantería de marina en los islotes entre el Beagle y el cabo de Hornos. La ocupación sería precedida por una denuncia ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, acusando el emplazamiento de destacamentos militares en dichas islas.

Ocupadas las islas, se buscaría protegerlas. Para ello, la Fuerza Aérea Argentina bombardearía Punta Arenas, Puerto Williams y rutas, puentes y otros objetivos relacionados con el transporte y abastecimiento de Magallanes. Se esperaba la reacción de la flota chilena y enfrentamientos aeronavales en el estrecho de Magallanes y el Beagle.

El ejército argentino cruzaría la cordillera en Chubut y Santa Cruz y la Fuerza Aérea atacaría las instalaciones chilenas. Luego, la guerra se llevaría a lo largo de toda la frontera especialmente en Mendoza con un ataque complementario desde Neuquén.

Se estimaba necesaria la ocupación de Santiago o Valparaíso y en el sur, Punta Arenas, con apoyo de la Aviación Naval y la Infantería de Marina.

La guerra duraría hasta destruir el aparato militar chileno o su economía. Como las operaciones serían lentas y sangrientas, era posible que antes del logro de los objetivos, la guerra fuera detenida por Estados Unidos o Naciones Unidas.

La implementación del *Operativo Soberanía* se acompañó de gran publicidad para preparar a la población argentina a la guerra y amedrentar a la sociedad chilena, a través de una importante acción psicológica que incluyó el desplazamiento con publicidad y en medio del entusiasmo de la población, de unidades militares. Desde la provincia de Buenos Aires, se trasladaron a la frontera el Primero y el Segundo Cuerpo de Ejército (cuatro brigadas). El despliegue evidenciaba la intención de invadir Chile aunque, como se advirtió, la espectacularidad de las acciones no traslucía su veracidad. Parte de las tropas carecía de uniformes de invierno y de adecuado abastecimiento, por lo que su presencia en la frontera, afectó a la población argentina.

La acción psicológica también se expresó en ejercicios de oscurecimiento de las ciudades argentinas incluyendo Buenos Aires, fuera del alcance de los aviones chilenos. Asimismo, las maniobras militares y el desplazamiento de tropas mediante aviones y barcos fue objeto de una gran cobertura noticiosa.

Las autoridades argentinas buscaron también amedrentar a sus contrapartes chilenas, amenazando con recurrir a la guerra si Chile no aceptaba rediscutir lo resuelto en el Laudo Arbitral y entregar territorio entre el canal Beagle y el cabo de Hornos. La victoria en el Mundial de Fútbol de 1978, predispuso a la propaganda para alentar la guerra, publicándose carteles en las calles con la consigna: “¡A ganar el mundial del Beagle!”.

Abundaron también las declaraciones agresivas; el general Guillermo Suárez Mason, declaró a la prensa a propósito de la posibilidad de una guerra con Chile: “*Desayunaré en Mendoza, almorzaré en Los Andes y terminaré el día en Punta Arenas*”. Durante un encuentro con el ministro de Relaciones Exteriores chileno, Hernán Cubillos, el mismo general expresó: “ministro, usted está peleando por tratar de conseguir la paz y está totalmente perdido y equivocado. Usted no ha querido entender que los argentinos vamos a ir a la guerra de todas maneras, porque el Ejército argentino necesita pelear una guerra limpia”. Similares conceptos eran vertidos por otras altas autoridades argentinas, como el general Luciano Benjamín Menéndez quien, en septiembre de 1978, durante un brindis afirmó: “Si nos dejan atacar a los chilotes, los corremos hasta la isla de Pascua y el brindis de fin de año lo haremos en La Moneda”¹⁰.

Las autoridades argentinas también expulsaron a chilenos residentes en Argentina. “El 29 de septiembre [de 1978], el gobierno chileno presentó una formal protesta diplomática a raíz de varias situaciones que afectaban a ciudadanos de su país residentes en la Argentina, y también solicitó que se pusiera término “al ánimo belicista que impera”. En gran medida, ese ánimo belicista era alimentado por el oficial encargado en el estado Mayor Conjunto de conducir la campaña de acción psicológica contra Chile. El oficial era el general Ramón Camps”¹¹.

Otro aspecto estuvo constituido por el *impulso coalicional*. En noviembre de 1978, una delegación argentina viajó a Lima para proponer una alianza contra Chile. Recordando la guerra del Pacífico, el canciller José de la Puente recha-

¹⁰ “Pio Laghi, hablando el martes 12 [diciembre de 1978] con el ex embajador argentino Gerardo Schamis, le refirió una larga serie de anuncios que corrían por el Cuerpo III. Entre otras chapucerías, le cuenta que en Córdoba se dice que “a fin de año se brindará en La Moneda con champagne”. Su interlocutor le responde “Pero mi caro amigo, esos son cuentos que le traen los curitas de pueblo”, a lo que Laghi le contestó: “Me lo contó Primatesta y lo dice Menéndez”, YOFRE Juan. Fuimos todos. Cronología de un fracaso 1976-1983. *Op. cit.*, p. 126.

¹¹ YOFRE, Juan. Fuimos todos. Cronología de un fracaso 1976-1983. *Op. cit.*, p. 122.

zó la invitación, y la informó a Chile, asegurando la neutralidad peruana en una eventual guerra argentino-chilena.

El tema fue debatido al interior del gobierno peruano, donde los partidarios de la neutralidad invocaron la situación económica y la política interna. Sin embargo, a mediados de diciembre de 1978, se dispuso el desplazamiento de la Escuadra peruana hacia el sur, el cierre parcial del aeropuerto de Lima para maniobras aéreas, y se reforzó la 2ª Región Militar (Arequipa), cuyos efectivos se desplazaron hacia la frontera con Chile. En la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, se llevó a cabo una reunión secreta de mandos militares peruanos y bolivianos.

La estrategia de la amenaza verosímil llegó a su culminación en diciembre de 1978, cuando la Flota de Mar argentina se desplazó al sur (debido a la carencia de buenos fondeaderos, las naves argentinas enfrentaron una importante tormenta en mar abierto que debilitó las capacidades de las naves y las tropas embarcadas¹²) y el ejército inició el despliegue de invasión a Chile. Mientras tanto, se sucedieron negociaciones que fracasaban, debido a las dificultades argentinas para lograr un consenso entre ‘halcones’ y ‘palomas’.

“Lo que ocurrió entre el 18 y 21 de diciembre linda entre la diplomacia y la historia militar. Los gobiernos de Chile, Brasil y Estados Unidos manejaron la información que el 21 se produciría la invasión argentina a los territorios insulares en disputa. La flota argentina estaba en alta mar, soportando un fuerte temporal. El mismo 21, Pinochet estaba en la Escuela Militar, presidiendo una graduación de oficiales, cuando su edecán Jorge Ballerino le acercó un mensaje urgente de Punta Arenas, informándole que se iniciaban las hostilidades. Luego en el 10º piso del Edificio Diego Portales... optó por aguardar 24 horas más para responder”¹³.

El 22 de diciembre se anunció que ambos países aceptaban la Mediación Papal, lo que obligó a detener la marcha de las tropas. Ello fue complicado, con dificultades en la zona de Neuquén (Brigada X) por unidades que entraron a territorio chileno, por lo que hubo de enviarse helicópteros a hacerlas retroceder.

El 8 de enero de 1979, Chile y Argentina firmaron el Acta de Montevideo que fijó los términos de la mediación, conviniéndose que las partes no recurrirían a la fuerza en sus relaciones mutuas, retornarían gradualmente a la situación

¹² Esta fue una consideración importante en 1982. “En 1978, cuando la flota argentina zarpó el 4 de diciembre con la intención de apoderarse de las disputadas islas chilenas, las fuerzas anfibias habían soportado más de dos semanas en el mar, constantemente sacudidas por el Atlántico, que aun en pleno verano era una experiencia desoladora para cualquiera salvo los marinos más curtidos. Si Puerto Stanley caía en manos argentinas, era ampliamente admitido que la amenaza a los intereses chilenos se incrementaría de manera dramática”. Cf. WEST Nigel. La Guerra secreta por las Malvinas. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 31 edición, pp. 130-131.

¹³ YOFRE, Juan. Fuimos todos. Cronología de un fracaso 1976-1983. *Op. cit.*, p. 128.

militar existente al principio de 1977, y se abstendrían de medidas que alteraran la armonía en cualquier sector.

2. *Las dificultades de la mediación. La ‘mediación chica’*

Durante el año 1979, Argentina y Chile se concentraron en la mediación papal produciéndose una disminución de la tensión.

Sin embargo, a medida que el proceso se desarrollaba, las fuerzas armadas argentinas reanudaron sus incursiones en territorio y aguas chilenas y se produjeron detenciones recíprocas de militares de ambos países.

El 8 de diciembre de 1980, la Santa Sede entregó su “Propuesta”, estableciendo, desde el punto terminal del Laudo Arbitral, una línea de delimitación de jurisdicciones marítimas, una zona de actividad común o concertada, principalmente en aguas argentinas, facilidades para la navegación de naves argentinas en aguas chilenas y un sistema de arreglo pacífico de controversias.

El 19 de diciembre de 1980, Chile comunicó a la Santa Sede que, pese a los sacrificios, aceptaba los términos de la Propuesta. En cambio, Argentina dejó pasar el plazo, remitiendo una Nota el 17 de marzo de 1981 en la que formulaba observaciones, solicitaba precisiones y advertía que la Propuesta salvaguardaba solo parcialmente el interés argentino. Al mismo tiempo, reanudó la estrategia de la amenaza verosímil, mediante la presión y el amedrentamiento:

En enero de 1981, Gendarmería Nacional Argentina detuvo a cartógrafos del Instituto Geográfico Militar que realizaban mediciones geodésicas en la frontera. En febrero, aviones militares argentinos sobrevolaron la misilera chilena *Chipana*, amenazando con atacarla en la boca oriental del estrecho de Magallanes, al tiempo que la Cancillería argentina presentaba una protesta por violación de aguas jurisdiccionales. Chile respondió que la libertad de navegación del estrecho eximía de dicha notificación.

El 29 de abril, Argentina dispuso el cierre de la frontera con Chile, al parecer por orden del comandante en Jefe del Ejército, general Leopoldo Galtieri, quien viajó a revistar personalmente a las fuerzas en la zona austral. Al mismo tiempo, se informó de una movilización militar hacia sectores fronterizos, reincorporándose a oficiales retirados y restringiendo la venta de combustibles en ciertas ciudades. La movilización comprendió Mendoza, Jujuy, La Rioja, Catamarca, San Juan y Córdoba, e incluyó ejercicios de tiro y desplazamientos en Comodoro Rivadavia y Neuquén. El cierre de la frontera se mantuvo hasta el 22 de mayo.

La tensión obligó a una intervención especial de la Santa Sede –que el cardenal Samoré llamó ‘la mediación chica’– que obtuvo la liberación de los detenidos y la reapertura de fronteras en junio de 1981.

En 1981, Chile presentó 9 Notas de protestas por incursiones prolongadas de naves y aeronaves argentinas en territorio chileno.

3. *1982. La amenaza interrelacionada; primero Malvinas y después el Beagle*

En diciembre de 1981, asumió como Presidente el general Leopoldo Galtieri, lo que se tradujo en un nuevo endurecimiento argentino. Nuevas incursiones aéreas y marítimas se registraron en la frontera austral, las cuales incluyeron estadías prolongadas en territorio chileno.

El 22 de enero de 1982, Argentina denunció el Tratado de Solución Judicial de Controversias de 1972, creando una delicada situación debido a que, como la mediación no registraba avances, se eliminaba la posibilidad de recurrir a un medio pacífico de solución del diferendo austral. Ello, motivó nuevas gestiones de la Santa Sede que concluyeron con un acuerdo por el cual Argentina retiraba la denuncia y aceptaba que el tratado mantuviera vigencia hasta que la mediación terminara por acuerdo de las partes o pasados seis meses después de una declaración del mediador. A cambio, Chile se comprometía a no hacer uso de su derecho a recurrir a la Corte Internacional de Justicia a menos que el mediador declarara el fin de la mediación y solo en lo relativo al diferendo austral. El acuerdo se logró el 15 de septiembre de 1982, después del fin de la guerra del Atlántico Sur.

Estas decisiones muestran que, más allá de las acciones chilenas, la perspectiva estratégica argentina consideraba conjuntamente los conflictos del Beagle y Malvinas. El principio de 'vasos comunicantes' que llevaba a Argentina a percibir a Chile y al Reino Unido como rivales, se expresaba de distintas maneras.

Como han apuntado Freedman y Gamba, la posibilidad de una solución satisfactoria en la divergencia con el Reino Unido confluía, en la formulación de la estrategia argentina, con lo que percibía como un deterioro de la posición argentina ante Chile. Si Chile consolidaba su posición en el Beagle, podía ofrecer apoyo logístico a las islas Malvinas, cuando Argentina intentara aislarlas. Más aun, podía ser un asociado interesante para Gran Bretaña para mantener una presencia marítima en el Atlántico Sur, y ese resultado se lograría a costa de Argentina. Por tanto, el mejoramiento de las relaciones entre Londres y Santiago podía fortalecer la posición negociadora de Gran Bretaña.

Pero si Gran Bretaña aceptaba las condiciones argentinas para las negociaciones, la pérdida frente a Chile no gravitaría sobre la presencia futura argentina en el Atlántico Sur y el área subantártica. La cooperación estrecha con el Reino Unido en el patrullaje de esta región y el emprendimiento de actividades conjuntas era deseable, dada la jerarquía que alcanzaría Argentina. Por tanto, la

“trilateralidad” del Atlántico Sur inducía al gobierno argentino a convertir la resolución de la disputa por las islas Malvinas en su principal prioridad para 1982.

Diversos testimonios de funcionarios y periodistas indican que con el control del Atlántico Sur asegurado por la posesión de Malvinas, el siguiente avance argentino sería contra Chile, debido precisamente a la aspiración argentina de controlar la zona representada por Malvinas, Magallanes y la península antártica. Desde este punto de vista, el Beagle, la Tierra del Fuego y el extremo austral eran el siguiente paso en la agenda bélica argentina¹⁴.

En sus *Memorias Políticas*, el ex canciller argentino Óscar Camilión señalaba que los planes argentinos comprendían invadir las islas del Beagle, en la hipótesis de resolver Malvinas. Por su parte, el general (r) Martín Balza señaló que la Junta intentó, o por lo menos no descartó, mantener simultáneamente una lucha en dos frentes bien diferenciados: uno continental con Chile y otro insular con los ingleses.

El 3 de abril, al dirigirse a la multitud apostada frente a la Casa Rosada, el presidente Galtieri, declaró “recién hemos comenzado con nuestra actitud de recuperar las Malvinas y toda la zona del sur de influencia”. El mismo Presidente y otras autoridades abundaron en declaraciones del tipo “*este es el inicio de nuestras reivindicaciones, la recuperación de todo el Atlántico Sur y después de las Malvinas, vendrán otras*”, desatando el espontáneo festejo colectivo de los oyentes que extasiados popularizaron el grito “¡Teno, teno, teno, primero los ingleses y luego los chilenos!”.

“Los comentarios de prensa argentinos encontraron eco inmediato en varios países latinoamericanos, especialmente en Bolivia y Perú. En la ciudad boliviana de Tarija hubo manifestaciones bastante organizadas, para los estándares bolivianos, frente al consulado argentino, donde oradores dijeron “Los derechos históricos argentinos a Las Malvinas se vinculan con los derechos legítimos que tiene Bolivia a las costas que le fueron arrebatadas por la fuerza”¹⁵.

Estas amenazas tuvieron su expresión concreta en incursiones militares argentinas a territorio chileno, que configuraron un escenario de enfrentamiento de baja intensidad, acaecido a iniciativa argentina al mismo tiempo que ese país libraba la guerra contra el Reino Unido. Estas incursiones se registraron particularmente en la zona del canal Beagle (islotte Snipe, islas Picton y Nueva, zona aledaña a Puerto Williams), en el área insular entre el canal y el cabo de Hornos

¹⁴ El ‘trilema’ del conflicto en el Atlántico Sur fue también advertido por intelectuales británicos como Hugh Thomas, asesor de la primera ministra Thatcher quien pensaba que Argentina podía librar una guerra en dos frentes contra el Reino Unido y contra Chile y que la acción del 2 de abril era el primer paso en este sentido.

¹⁵ CASTRO, Sauritain Carlos. *Las relaciones vecinales de Chile y la guerra del Atlántico Sur*. Santiago, Editorial Mare Nostrum Ltda., 2006, p. 144.

(isla Freycinet, archipiélago de las Wollaston) y también en la frontera terrestre de la isla Grande de Tierra del Fuego y se extendieron desde el mismo 2 de abril hasta mediados de junio de 1982.

Todas estas incursiones fueron protestadas por Chile, figurando su relación en la Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, correspondiente al año 1982, configurando solo los ejemplos más destacados del escenario de conflicto de baja intensidad llevado adelante por Argentina contra Chile.

La política chilena durante la guerra de 1982

Al igual que el resto del mundo, el gobierno de Santiago fue sorprendido por la invasión a Malvinas. Las relaciones con Buenos Aires se encontraban en un momento álgido, debido al aumento de tensión en torno al conflicto limítrofe austral. Por lo tanto, la reacción inicial fue de cautela y preocupación debido a las señales de hostilidad provenientes desde Argentina.

Además, la acción diplomática británica fue ágil. Días después del 2 de abril, el embajador británico, John Heath, inició conversaciones para arribar a 'entendimientos' con Chile. Según fuentes argentinas hubo dos vías: por una parte, el comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, Fernando Matthei, recibió a uno de los jefes de Inteligencia de la Real Fuerza Aérea (RAF) quien le entregó una carta solicitando apoyo del comandante en Jefe, Sir David Great. El general Matthei informó al presidente Augusto Pinochet, quien prestó su consentimiento y dispuso estricta confidencialidad. Por otra parte, gracias a la cercanía con la Armada –que sobrellevaba el peso principal en la controversia austral con Argentina– la embajada británica estableció otro canal de entendimiento.

Al amparo de estos imperativos, Chile llevó adelante una acción exterior compleja que combinó actividades que favorecieron el esfuerzo militar del Reino Unido, medidas de autoprotección, y acciones diplomáticas para evitar la propagación del conflicto.

Las primeras, dirigidas a cooperar con el Reino Unido, se expresaron en permitir el acceso británico a la información bruta recolectada por la inteligencia chilena y en el permiso para que aviones y especialistas británicos recolectaran directamente esa información desde el espacio aéreo y marítimo chileno. A cambio, el Reino Unido cedió a Chile material aeronáutico que compensaba la inferioridad de medios frente a Argentina (incluyendo aviones de reconocimiento fotográfico, aviones de combate y repuestos). Esta cooperación no se limitó a las autoridades; existen testimonios sobre radioaficionados chilenos que advertían a los británicos el despegue de aviones argentinos desde los aeropuertos del continente.

Otra medida fue la autorización de la Armada de Chile para que el petrolero ligero *RFA Tidepool*, que se encontraba de viaje a Valparaíso, fuera restituido al Reino Unido y participara en la campaña.

Hubo un segundo conjunto de medidas que tuvieron por finalidad proteger el territorio chileno de una eventual extensión del conflicto. Entre ellas, el desplazamiento de la Escuadra chilena hacia el sur, así como la movilización de la reserva estratégica del ejército (20.000 hombres), al extremo sur y a la frontera cercana a Neuquén y Río Negro.

En el contexto de 1982 –con una guerra desarrollándose en la región y estando pendiente la resolución del diferendo austral– estas acciones buscaban mejorar la cobertura de la totalidad de las fronteras, y se inscribían en una lógica de prudencia (otros países realizaron desplazamientos similares)

Autores argentinos han señalado que estas medidas impactaron el despliegue militar argentino. Extraoficialmente, oficiales de marina sugieren que una flota de torpederas y corbetas que debía operar desde Malvinas fue dejada en el continente en previsión del conflicto con Chile, siendo activamente usadas en sus incursiones sobre territorio chileno coetáneamente con la guerra.

Además, la movilización chilena habría obligado al Ejército argentino a desplazar sus dos unidades mejor preparadas para combatir en Malvinas (las brigadas de Mendoza y Neuquén) a la frontera occidental, por lo que fueron reemplazadas en las islas por unidades provenientes de la mesopotamia, habitadas a ambientes subtropicales. Otro tanto habría ocurrido con la Brigada Aerotransportada.

Sin embargo, la mayoría de los historiadores argentinos relativiza este efecto. En primer lugar, la movilización chilena se realizó después del 20 de abril de 1982, esto es, cuando ya se había dispuesto que tropas viajarían a las islas. Además, algunos autores han reconocido que las medidas chilenas eran informadas a las autoridades argentinas.

Por ello, parece más bien que las tropas argentinas mejor preparadas para la guerra austral permanecieron en el continente debido a que la Junta Militar no previó que el Reino Unido respondiera, y a que sus propias evaluaciones y desconfianzas respecto de Chile lo recomendaban.

Hubo un tercer ámbito propiamente diplomático, en el cual la posición chilena fue cercana a la mantenida por Colombia, esto es, distinguiendo entre la controversia territorial y la aventura emprendida por la Junta Militar. Chile siguió el consenso latinoamericano en el SELA, votó favorablemente la resolución 359 del Consejo Permanente de la OEA, y se abstuvo –junto a Colombia, Trinidad y Tobago y Estados Unidos– en las Resoluciones I y II de la 20ª Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores americanos, por estimar que eran

incompatibles con lo resuelto por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Cuando terminó la contienda, Chile mantuvo su apoyo a la demanda argentina de negociaciones para resolver el destino de Malvinas, aprobando la Resolución 37/9 de la Asamblea General de Naciones Unidas.

Hubo un último aspecto relacionado con el propósito de evitar que el conflicto se extendiera al continente americano. La declaración del embajador de Chile en Buenos Aires de que “Argentina tiene las espaldas bien cubiertas”, sintetizaba un esfuerzo destinado a lograr la abstención de esfuerzos militares británicos hacia territorio continental argentino. Aunque el descubrimiento de un helicóptero británico en las cercanías de Punta Arenas representó un momento delicado, varios testimonios reconocen que la posición de Chile influyó en la decisión británica de no realizar acciones contra instalaciones argentinas situadas en Tierra del Fuego, o en el continente¹⁶.

El conjunto de acciones chilenas tuvo un resultado discutido. La mayoría de los autores argentinos considera que su efecto no fue relevante a la hora de definir el conflicto, el que se resolvió gracias los aciertos de la estrategia británica, los errores argentinos, y el apoyo estadounidense al Reino Unido.

Pese a coincidir con esta apreciación, los autores británicos advierten que ciertas decisiones argentinas fueron adoptadas a la luz de sus percepciones respecto de Chile. Más que a acciones concretas chilenas, estas decisiones se inspiraron en los razonamientos argentinos sobre lo que Chile podía, o iba a hacer. El decadentismo identitario argentino tuvo un efecto superior a las decisiones chilenas en sí mismas.

Conclusiones

Aunque la visión conspirativa de la historia, cuyo máximo exponente regional es Eduardo Galeano, promueva una perspectiva simple y casi lineal de las políticas nacionales, la realidad se caracteriza por su complejidad.

Es cierto que, desde el punto de vista de las guerras interestatales, América Latina es una región pacífica y, por ende, benigna. Sin embargo, los países latinoamericanos no han dudado en coaligarse entre sí y con potencias extrarregionales para defender sus intereses. Además, sus diplomacias han hecho gala de grados de sofisticación al enfrentar desafíos trascendentes; no es cierto que la actuación regional haya sido siempre unánime y sin fisuras.

Ello, fue el caso de la guerra del Atlántico Sur, donde la mayoría de los países latinoamericanos supo distinguir entre el apoyo diplomático prestado a la solicitud

¹⁶ Documentos oficiales británicos recientemente publicados confirman este aserto.

argentina de establecer negociaciones para resolver pacíficamente el contencioso con el Reino Unido, y la cautela ante la guerra desencadenada por el gobierno militar argentino. Solo la tendencia autoexculpatoria de la historiografía argentina sustenta la credibilidad sobre una presunta acción general que no fue tal.

Este es el contexto en el que se inserta la política chilena ante la guerra del Atlántico Sur. Cuando Christopher Morley señaló que “en política siempre debemos optar entre dos males”, podría haber tenido a la vista la difícil situación en que se encontró Chile, el 2 de abril de 1982. Involucrado en una mediación plausiblemente condenada al fracaso, sufriendo el hostigamiento de un vecino que había denunciado el histórico mecanismo de solución pacífica de controversias bilaterales, y multiplicaba las incursiones en territorio chileno para doblegar su voluntad, el gobierno de Santiago debió lidiar con el desafío agresivo que representaba la hiperactividad territorial argentina y su eventual expresión en una guerra total.

En estas condiciones, el distanciamiento respecto de Argentina y el apoyo al Reino Unido era un ejercicio de supervivencia.

Además, esta política era coherente tanto con el modelo general de política exterior chilena, como con la posición tradicional respecto de Malvinas.

Ante todo, había coherencia con el principio del apego al derecho internacional. El Consejo de Seguridad, la máxima instancia de la comunidad internacional –y la única con poder vinculante para los estados– había condenado el desembarco del 2 de abril y consideraba a Argentina país agresor, por lo cual la operación británica de recuperación de Malvinas (Operativo “Corporate”) se fundaba en el principio de legítima defensa, establecido en el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas.

Por otra parte, esta acción era coherente con la política de Estado sobre Malvinas, tal como venía siendo delineada desde 1964, que se mantuvo durante la crisis y en los foros multilaterales posteriores a la guerra. El enfoque comprensivo señalaba: 1) Que Chile apoyaba la reivindicación argentina de que el Reino Unido negociara el destino de Malvinas teniendo en cuenta los intereses de los habitantes, y 2) Que ese apoyo no llegaba a acompañar a Argentina cuando este país se apartaba de las normas de convivencia entre las naciones, e infringía el derecho internacional.

En consecuencia, mantener distancia respecto de Argentina y colaborar al éxito del Reino Unido era compatible con la supervivencia de Chile, con el compromiso tradicional de nuestro país con el derecho internacional y con la posición tradicional de nuestro país sobre Malvinas.

En estas condiciones, el actual silencio generalizado de la clase política y de la diplomacia chilena sobre este período resulta difícil de comprender. Con

excepción del canciller José Miguel Insulza quien, en el marco de la crisis con el Reino Unido y España (1999), señaló “nunca se debe apoyar a una potencia extracontinental”, las autoridades chilenas han eludido opinar sobre la política exterior durante ese período.

Ello, puede explicarse si se considera que, la política de Estado de Chile respecto Malvinas experimentó un brusco cambio en 1995, cuando nuestro país abandonó la posición tradicional y reconoció los derechos argentinos sobre las islas Malvinas.

Este cambio introdujo crecientes dosis de incoherencia en el modelo de política exterior. Jean Bouvier sostenía que “los regímenes y los sistemas económicos y políticos no mueren jamás por sus escándalos. Mueren por sus contradicciones”. La modificación decidida en la X Cumbre de Presidentes de MERCOSUR (junio de 1996, Potrero de Los Funes, San Luis, Argentina), no solo desafía la coherencia global de nuestra política exterior, también modifica la perspectiva sobre esa parte de la historia diplomática de Chile. Lo que era necesario dejó de serlo por un cambio global sobreviniente.

Esta incoherencia se expresa en los silencios embarazosos y las respuestas políticamente correctas, representativas también de una cierta forma de desorientación.

Bibliografía

- ABDENUR, Roberto (2005); “Guerreiro nas relações Brasil-Argentina”, *Journal do Brasil*, 21 diciembre, <http://quest1.jb.com.br/jb/papel/opiniao/2005/12/20/joropi20051220001.html>
- BALZA, Martín (2001); *Dejo constancia: Memorias de un general argentino*, Buenos Aires, Ed. Planeta.
- CAMILIÓN, Óscar (2000); *Memorias Políticas. De Frondizi a Menem*, Buenos Aires, Ed. Planeta.
- CASTRO SAURITAIN, Carlos (2006); *Las relaciones vecinales de Chile y la guerra del Atlántico Sur*, Santiago, Editorial Mare Nostrum Ltda.
- FREEDMAN, Lawrence y GAMBIA, Virginia (1992); *Señales de Guerra. El conflicto de las Islas Malvinas de 1982*, Buenos Aires, Javier Vergara editor.
- JAURAGUIBE Helio. Brasil-Argentina; Breve análisis de las relaciones de conflicto y cooperación, en <http://www.cuadernosjudaicoc.cl/index.php/REI/article/viewFile/16058/22019>
- MORALES, Matías Joaquín (2012); *Malvinas. La guerra de los neutrales*, Ediciones Continente, Buenos Aires.
- PALERMO, Vicente (2007); *Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- POSSE, Abel (2007) “El conflicto de Las Malvinas y la caída de nuestra moral”, *La Nación*, 3 de abril, http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=896746.
- RAZONUX, Pierre (2002); “La guerra de las Malvinas” en Revista *Istor*, año II, número 8, http://www.istor.cide.edu/archivos/num_8/dossier1.pdf.
- SANGUINETTI Julio María. “Nuestra guerra de secesión”. *La Nación* de 5 de junio de 2013, en <http://www.lanacion.com.ar/1588653-nuestra-guerra-de-secesion>
- WEST, Nigel (1988); *La guerra secreta por las Malvinas*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 3ª edición.
- YOFRÉ, Juan (2008); *Fuimos todos. Cronología de un fracaso, 1976-1983*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 7ª edición.

ANEPE

Eliodoro Yáñez 2760 - Providencia - Santiago

Teléfono: (56-2) 2598 1000

Fax: (56-2) 2598 1043

Página web: www.anepe.cl

Correos Electrónicos: publicac@anepe.cl

anepe@anepe.cl

